

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION, CALLE DE VICTORIO, 33. — PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES. — NUMERO SUELTO, CINCO CENTIMOS

VACUNA SUIZA



DEL INSTITUTO DE FELIX & FLÜCK, LAUSANNE

Garantizada por oficial comprobación clínica, bacteriológica y sanitaria.
 Durante la presente época se expende recién recibida.
 A cada tubo acompaña una lanceta para uso personal.
 Es la marca preferida por los médicos y prácticos más experimentados, y adoptada hoy por los que antes no eran partidarios de la vacunación.
 Depósito exclusivo en Murcia: Farmacia Catalana, al lado de la Droguería de los Sres. Ferrer hermanos.
 Ventajosas condiciones por pedidos de importancia para ayuntamientos y corporaciones.
 Se remite por correo certificado franco de portes.

LA ESPAÑOLA

FÁBRICA DE JARABES

DE

DIEGO HERNANDEZ ILLAN

San Antonio, 24, Murcia

NOVEDAD INGLESA

La Zurzidora Mecánica

Con este aparato hasta un niño puede rápidamente y sin igual perfección,

ZURCIR Y REMENDAR

medias, calcetines y tejidos de todas clases, sean de lana, algodón, hilo ó seda.

—No debe faltar en ninguna familia—
 Se remite libre de gastos, previo envío de diez pesetas.

Depósitos: Patent Magic Weaver, Paseo de Gracia 97, Barcelona.



ALMACEN DE CARBONES

DE

JOSÉ MUÑOZ E HIJO

PLAZA DE LAS CARRETAS.—MURCIA.

Nota de precios de los carbones que se expenden en este almacén

Carbón encina (Badajoz)	á	1'75	pesetas arroba.
„ olivera	á	1'40	„ „
„ Mercedes	á	1'35	„ „
„ Koc (carbonilla)	á	0'75	„ „
CARBON-FRAGUA (mineral)	á	2'30	„ quintal.
Leña de olivera	á	1'60	„ „

Servicio á domicilio.

Se admiten encargos en la sombrerería de don Joaquin Martinez, calle de la Platería, y en la barbería de los señores Ferrer y Gilabert, bajos del Hotel Patrón.

CUENTOS DEL TIEMPO

LOS MELOCOTONES

Sube el tren mixto de Calatayud y emprende el camino de Zaragoza con lento caminar de bestia de carga. Chirrían antipáticamente los ejes sin escrupulosidad engrasados, vomita humo negro la chimenea de la máquina, escúchase en los vagones de mercancías cacareos de gallinas, balidos de corderos, relinchos de caballos; los coches de primera van llenos de aire y polvo, los de segunda y tercera de gente alegre y decidora. El cierzo del Moncayo golpea con sus alas de nieveventanillas y portezuelas y el campo aragonés se extiende como una inmensa alfombra verde á uno y otro lado de los rails. Uno de los coches de tercera vá ocupado en su mayor parte por labradores; pues excepción hecha de un cura y un sujeto que por las trazas debe ser médico ó boticario de algún pueblo próximo, los viajeros restantes visten el clásico calzón, la morada faja, la obscura chaquetilla y el embotonado chaleco y calzan sus pies con las alpargatas de cinta y cubren la cabeza con el pañuelo de colores. Sólo un asiento queda libre de personas ocupante, porque se usufructuá un cesto de melocotones sobre el cual apoya uno de sus brazos el más perfecto tipo de baturro que parió la tierra. Alto, huesoso, con la nariz corva, saliente la barba y los ojos vivos y tenaces, viajaba mi hambre con el cuerpo reostado en el respaldo de madera, una pierna cruzada sobre la otra y un cigarro de papel grueso como un puro, entre los dientes negros y desiguales; frente á él va otro labriego de cara gruesa abultado estómago y linfático aspecto, que dormita al arrullo del eje, cacareos, balidos, relinchos y conversaciones, dando cabezadas mayúsculas.

En la estación inmediata á Calatayud se abre la portezuela del coche y entra un individuo de porte entre señoril y campesino.

—Buenos días—dice el recién llegado.

—Buenos días—le contestan los viajeros del vagón.

Dirige sus ojos el entrante á uno y otro sitio en busca de asiento y al ver que no hay ninguno disponible más que el ocupado por la cesta de melocotones, exclama, encarándose con el baturro:

—¿Qué quitar ese cestito pa qué ye me siente?

—¿Quién, yo?—responde el baturro—No señor.

—¿Cómo que no! Tengo derecho á un asiento; no hay mas que eso. Con que quite los melocotones.

—Li hi dicho á usted que yo no los quito.

Y el baturro sigue tranquilamente apoyado en el cesto, mientras el viajero nuevo se dá á todos los diablos y el labrador que dormitaba abre los ojos y contempla la escena en actitud indiferente.

Sube de tono la disputa cuando se abre la portezuela y entra el revisor.

—Revisor—exclama el viajero.—haga el obsequio de vencer á este hombre; le digo que quite ese cesto pa sentarme yo, y responde que no lo quita.

—Y no lo quito—contesta otra vez el baturro.

—Pero hombre, no sea usted bestia—dice el revisor.—El señor ha comprado este billete (enseñando el que recoge de manos del viajero); este billete le dá derecho á un asiento. Con que quite usted el cesto para que se siente este caballero.

—¡Yo! Lo menos se cree éste que con sus andróminas y con sus galones va á asustarme. Hi dicho que no lo quito y no lo quito aunque escarrile el tren.

—No hace falta que descarrile; ya habrá quien le haga obedecer—grita colérico el empleado, á tiempo que la máquina se detiene frente á una estación.

—¡A mi!... ¡Tindria que ver ese!

Requerido por el revisor, acude el jefe de la estación. Son inútiles ruegos, amenazas, exhortaciones... El baturro sigue en sus trece y es preciso llamar á la guardia civil.—Ahora veremos—añade el jefe de estación—si quita usted la cesta:

—¡Yo!—replica el aragonés.

—¡Yo!... ¡Como no venga á quitála el Nuncio!

Entra la pareja en el coche; se le explica el caso y los guar-

dias, encarándose con el labriego, le gritan:—¡Quita el cesto inmediatamente, burioco!

—¡Bah!—insiste el otro.—¿Quitálo? Lo que menos us habeis asegurado vosotros que van á meterme miedo las escopetas y los tricorrios que trais! Hi dicho que yo no quito el cestito... Y no lo quito.

—Pero ¿por que no has de quitarlo—gruñen los guardias, levantando la culata de se escopeta sobre la cabeza del baturro.—¿Por que?

—V por qué voy á quitálo—dice el baturro—si el cesto no es mio, sino de ese señor que vá enfrente?

Y señala al linfático labriego que había seguido toda la disputa sin hablar palabra.

—Pero, ¿el cesto es de usted?

—¡Claro!—afirma el otro.

—¿Y por qué no lo ha quitádo usted?

—¡Yo!... ¡Otra!... ¡Como á mí no me han dicho nada!

Joaquín Dicenta

DE MUSICA

UNA INVENCION FECUNDA

Los conocedores de la música saben que cuando un compositor improvisa en el piano tiene que conservar su reciente creación en la memoria para anotarla si ha de ejecutarse luego.

Esto no es muy fácil ni el escribir una pieza para piano tampoco; pero, en adelante, los compositores no tendrán que preocuparse de esta tarea gracias al piano autoregistrador.

Con este magnífico instrumento, el músico no tiene más que sentarse delante del teclado y dejar que corran sus dedos según las sugerencias de la inspiración.

Cada nota que así produzca, quedará inscrita, según haya sido tocada, en una banda de papel sin fin y en signos bien visibles y durables.

Al improvisador ya no le queda que hacer más que enviar el trozo cortado de banda, retocado ó no á casa del copista ó del grabador.

Este resultado casi increíble, se obtiene muy fácilmente por medio de un aparato eléctrico que puede aplicarse á todos los pianos modernos.

La maravillosa invención.

